LA ONTOLOGÍA DIRECTA DE LA IMAGEN POÉTICA EN GASTÓN BACHELARD

*Jeannette Campos**

RESUMEN

En este artículo se plantea e intenta explicar la importancia de la resonancia y la repercusión como significado ontológico de una "fenomenología del alma" que inaugura Gastón Bachelard. Asimismo, se trata de ahondar un poco en la descripción del espacio íntimo, la imagen y el espacio onírico, que deben constituir un estudio esencial para el acercamiento y el conocimiento del ser humano desde una perspectiva psicológica y filosófica.

INTRODUCCIÓN

La Poética del Espacio es, quizá, el libro que mayormente delata la apasionada relación amorosa de Gastón Bachelard con la poesía. En esta hermosa obra, que alcanza en sí misma matices de creación poética, Bachelard estudia, desde el punto de vista psicológico y filosófico, la gran significación que tienen los espacios del ensueño poético y el poder que genera sobre otras almas la imagen creadora.

Bachelard sostiene que la imagen poética no tiene pasado. Se plantea como indispensable la *novedad de la imagen*. Hay una *dinámica inmediata* de la imagen que le permite estar siempre renovándose.

La relación: imagen-poética, arquetipo-dormido no es causal y de esta manera plantea Bachelard la existencia de una *imaginación trascendental* que estaría constituida por *arquetipos primigenios* capaces de activar todo un mundo cargado de símbolos. Así, como lo entiende Bachelard, lo imaginario es ese poder específico de la conciencia que libera al ser humano de las imágenes primeras y perceptivas.

El psicólogo suizo Carl Gustav Jung inaugura el estudio de un nuevo estrato que no había sido ni fue aceptado por Freud. Este es el

* Licenciada en Filosofía por la Universidad de Costa Rica, -UCR-. Actualmente forma parte del personal docente de la Escuela de Estudios Generales, UCR.

inconsciente colectivo, estadio psíquico que arraiga una memoria ahistórica y colectiva. Bachelard parece verse atraído por este planteamiento jungiano que cae casi en lo esotérico y considera que la conciencia humana posee un conjunto de estructuras *dinámicas* que pueden "vibrar" frente a lo nuevo de algo muy viejo que estaba en el interior mismo de esa conciencia dormida.

El arquetipo es considerado entonces, una tendencia permanente del psiquismo humano a engendrar imágenes que constituyen los elementos fundamentales de toda manifestación del alma humana, de modo que el arquetipo como tal no puede ser representado, ya que es una estructura originaria que sólo puede ser aprehendida por el intermedio de las imágenes que derivan de él.

Esta influencia de Jung sobre Bachelard es importante para entender el *dinamismo propio* de la imagen poética planteada en la *Poética del Espacio*.

En la imagen poética, según Bachelard, resuenan los ecos del pasado. Se plantea, entonces, una "ontología directa" de la imagen poética, ya que esta adquiere su propio ser: el ser de la imagen.

Resonancia y repercusión: significado ontológico de una "fenomenología del alma"

La imagen poética, para Bachelard, escapa de la causalidad como fenómeno indispensable para la investigación. En el desarrollo del concepto de *imaginación creadora* se insiste en la tesis de su *carácter primitivo*, es decir, que nada la antecede. Por eso se afirma que no tiene pasado.

La resonancia y la *repercusión* enfatizan sobre este fenómeno de la no causalidad de la imagen poética. Además, fundan la posibilidad de la intersubjetividad. La resonancia y la repercusióin marcan la pauta para percibir la *sonoridad de ser*.

> "En la resonancia oímos el poema -afirma Bachelard- en la repercusión lo hablamos" (Bachelard, 1965:14).

La repercusión, entonces, instaura un "cambio de ser". Pareciera que el ser del poeta fuera nuestro propio ser. El poema "nos capta enteros", dice Bachelard; el poeta logra reanimar en nosotros algunas profundidades de la exuberancia del alma.

La imagen poética, de esta manera, toca primero las profundidades y luego conmueve las superficies. Este poder poético va más allá de toda psicología, ya que se sitúa en el origen del ser hablante. El poeta logra activar una tonalidad en el lector apasionado. Este tiene la impresión de que él mismo hubiera podido crear esa imagen o de que debería haberla creado. La imagen poética se hace nuestra y echa raíces en nosotros mismos. Es por esta actividad propiciada por la dinámica inmediata de la imagen que Bachelard afirma que:

> "La imagen poética tendrá sonoridad de ser. El poeta habla en el umbral del ser" (Bachelard, 1965:8).

La imagen poética se arraiga en mi ser. Se da una comunicación entre una imagen singular y mi ser, he aquí el significado ontológico de la imagen poética en Bachelard: su resonancia.

La imagen, entonces, debe vibrar en mi ser de tal manera que mi alma pueda sentir que lo que está percibiendo ha logrado anticiparse a algo que tenía dentro y que no había podido hacer sonar. Es la experiencia de una "comunión" la que se plantea aquí, y es llevada por Bachelard a una fenomenología de la imaginación. Es decir, esta resonancia "musical" de almas bachelardiana, propicia el estudio del fenómeno de la imagen poética como "un producto directo del corazón, del alma, del ser del hombre captado en su actualidad" (Bachelard, 1965:9).

Para entender esta metafísica de la imaginación planteada por Bachelard, hay que remitirse a la trans-subjetividad de la imagen poética, hay que despojarse de los "hábitos intelectuales" para que una imagen, a veces muy singular, logre aparecer como concentración de todo el psiquismo. ¿Cómo -se pregunta Bachelard- la aparición de una imagen poética puede hacer reaccionar o resonar otras almas y otros corazones "pese a todos los prudentes pensamientos complacidos en su inmovilidad?" (Bachelard, 1965:10).

Debe recordarse aquí que la imagen poética es variable y no constitutiva como el concepto.

Sólo la fenomenología -responde Bachelard- es decir, sólo la consideración del "surgir" de la imagen en una conciencia individual, puede ayudar a comprender y medir toda la amplitud y fuerza de la trans-subjetividad de la imagen poética:

> "Se pide al lector de poemas que no tome una imagen como un objeto, menos aún como un sustituto de objeto, sino que capte su realidad específica" (Bachelard, 1965:10).

Para lograr esto se ha de asociar a la conciencia con su "producto más fugaz", es decir, con la imagen poética. Este producto fugaz de la conciencia, esa unión por la imagen de una "subjetividad pura pero efímera" con la realidad, es para el fenomenólogo un amplio campo de experiencias. La imagen poética es simple y en su simplicidad

> "no necesita un saber. Es propiedad de una conciencia ingenua" (Bachelard, 1965:11).

Con el fin de aclarar más aún que la imagen es antes que el pensamiento, Bachelard agrega que:

> ..."en su expresión (la imagen) es lenguaje joven. El poeta en la novedad de sus imágenes es siempre origen del lenguaje" (Bachelard, 1965:11).

De esta manera, la fenomenología de la imagen bachelardiana es una fenomenología del alma, de la conciencia soñadora. El tono poético que corresponde al alma debe quedar, según Bachelard, "abierto a nuestras investigaciones fenomenológicas" (Bachelard, 1965:12).

El alma posee una luz interior que no es reflejo de la luz exterior, le es propia.

Una fenomenología del alma nos conduce irremediablemente al mundo del ensueño y el ensueño es:

> ..."una instancia psíquica que se confunde demasiado con el sueño. Pero cuando se trata de un sueño poético, de un ensueño que goza no sólo de sí mismo, sino que prepara para otras almas goces poéticos, se sabe muy bien que no estamos en la pendiente de las somnolencias. El espíritu puede conocer un relajamiento, pero con el ensueño poético el alma vela, sin tensión, descansada y activa" (Bachelard, 1965:13).

La diferencia entre las palabras alma (*l'ame*) y espíritu (*l'esprit)* es importante aquí, ya que para la fenomenología bachelardiana alma y espíritu no son sinónimos.

El espíritu puede ayudar a estructurar o prefigurar un proyecto para el poema completo. Pero para una simple imagen poética no hay proyecto, sólo hace falta un movimiento del alma. En una imagen poética el alma "dice su presencia".

Según Bachelard, la resonancia y la repercusión, en una interrelación inmediata que activa el

movimiento y dinámica de la imagen poética siempre novedosa, deben ser el bastión que dirija su proceso y desarrollo fenomenológico, porque se trata de una fenomenología del alma. La profundidad ontológica de la imagen poética en Bachelard radica en este rompimiento de antemano con todos los hábitos de la investigación filosófica que presuponen siempre la causalidad:

> "Considerada en la transmisión de un alma a otra, se ve que una imagen poética elude las investigaciones de causalidad" (Bachelard, 1965:16).

Así, la novedad de la imagen poética explicada aquí, plantea el problema de la creatividad del ser que habla, del ser que da origen a una diversidad de imágenes poéticas y logra, de esta manera, abrir paso al estudio de la imaginación. La palabra de un poeta, si da en el blanco, conmueve los estratos profundos de nuestro ser.

Imaginación y libertad: el juego entre lo real y lo irreal

Antes de entrar en el concepto de *imaginación*, Bachelard establece una marcada diferencia entre el fenomenólogo y el crítico literario. Según este filósofo francés, el crítico literario juzga muy objetivamente una obra que no podría crear. Al crítico literario, considerado por Bachelard como un lector "necesariamente severo", no se le ocurre, en medio de sus investigaciones e interpretaciones acerca de la obra, ser él mismo el creador de aquello a lo que se enfrenta. No sucede lo mismo, como ya hemos visto, con el fenomenólogo de la imagen poética. Si se conserva la simplicidad de la imagen, la simple lectura que se nutre con la soledad, plantea en sí misma un signo fenomenológico innegable, a saber: "una punta de orgullo", como la llama Bachelard, un orgullo menor del lector que se origina a través de la lectura:

> "En cuanto a nosotros, aficionados a la lectura feliz, no leemos y releemos más que lo que nos gusta, con un pequeño orgullo de lector mezclado con mucho entusiasmo" (Bachelard, 1965:18).

Se trata del goce individual, del disfrute que ha de provocar en mi ser la obra artística. La "punta de orgullo" que surge del íntimo acercamiento de mi alma a una dicha de imagen es siempre "discreta, secreta".

Es así como el poeta hace imprevisible la palabra para el alma del lector y hacer imprevisible la

palabra es, para Bachelard, un aprendizaje de *libertad*. La poesía aparece entonces como "un fenómeno de la libertad" (Bachelard, 1965:12).

La libertad en el lenguaje permite lo imprevisible de la palabra y lo imprevisible de la palabra abre paso a la *imaginación*. La libertad, entonces, introduce a la imaginación. Las cosas que nos "hablan" en la lectura de un poema nos ponen en inmediato contacto con ellas mismas aunque no nos hallamos trasladado físicamente a ese inmenso mundo de cosas imaginarias o reales.

Para el fenomenólogo, la palabra del poeta le habla. No es necesario que haya vivido o experimentado los sufrimientos y las dichas del reposo o la intimidad del poeta para recibir la dicha hablada que aquel le ofrece:

> "Se trata de vivir lo no vivido y abrirse a una apertura del lenguaje" (Bachelard, 1965:23).

El proceso fenomenológico bachelardiano de la imaginación permite revivir la imagen de una manera novedosa. Liquida un pasado y se enfrenta con lo nuevo e inmediato.

> "La imaginación desempeña una función de apertura. Niega la presencia de un modo histórico explicable y trae por medio de una fuerza onírica, lo que estaba ausente y silencioso" (Bachelard, 1965:25).

La imaginación, que logra desprendernos del pasado, a la vez nos desprende de la realidad. El juego entre lo real y lo irreal que posibilita el lenguaje, inicia la dinámica que se teje entre el significado de la acción y la poesía misma. Es una doble actividad dentro de la cual las condiciones reales no son determinantes. Con la poesía o la creación poética, la imaginación entra en un juego inmediato con lo irreal que siempre seduce e inquieta.

La imaginación vuela con libertad y es capaz de explorar el campo de lo irreal, las riquezas del ser imaginado.

Parecería entonces que la naturaleza de lo imaginario debe buscarse en la subjetividad y definirse como el acto intencional que determina toda vida consciente y libre del ser humano.

La imaginación capta un espacio que es vivido enteramente y Bachelard es claro al admitir que su interés primordial es examinar imágenes muy sencillas: las imágenes del "espacio feliz".

De esta manera, el espacio captado por la imaginación no puede

seguir siendo el espacio indiferente, entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, "no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación" (Bachelard, 1965:29).

El espacio: la intimidad y el sueño

El espacio poético en Bachelard "concentra ser". Son los espacios de posesión, los espacios defendidos contra fuerzas adversas, son los espacios amados. Resultan ser aquellos espacios a los que se adhieren, además de los valores humanos, los valores imaginarios que se pueden tornar dominantes. Son los espacios del ensueño.

Dentro de estos espacios, el juego del exterior y la intimidad no es un juego equilibrado, pues la intimidad posibilita el ser imaginado y este ser abre la puerta a un mundo que sobrepasa o trasciende lo real.

El espacio, pues, inaugura en Bachelard una investigación sobre las imágenes de la intimidad. Por esta razón, la poética del espacio es la poética de la casa, es el espacio del alma como morada, es también el espacio donde aprendemos a "morar con nosotros mismos", es el espacio de los armarios, los cajones y los cofres, de lo cerrado para ser abierto. Es también, según nos lo afirma Bachelard, el "refugio de los vertebrados" (el nido) y el de los "invertebrados" (las conchas). Es el lugar de lo pequeño y lo grande, es el espacio de los cuatro elementos cosmogónicos, donde se habita con intensidad, donde se tienen rincones y donde se da campo al ensueño. Es un espacio dialéctico donde la unión de los dos polos permite el inicio de una proyección de imágenes.

Bachelard profundiza con gran sensibilidad en la intimidad humana, pues los espacios de intimidad son los espacios donde se proyectan imágenes del secreto. La imaginación creadora se enriquece y se activa, a partir de los ensueños de la intimidad los cuales se hacen presentes en la casa y en nuestro espacio onírico.

La casa

La casa, como universo, es para Bachelard parte de la vida psicológica secreta de quien la habita. Sin los objetos encerrados en la casa nuestra vida íntima no tendría modelo de intimidad. Son objetos-sujetos porque ya en sí mismos lo íntimo concentra su ser.

La casa es, sin duda, un lugar de protección, es nuestro refugio. No

podemos desprender nuestras imágenes de intimidad del lugar que las protege. He aquí lo importante para Bachelard: habitar un espacio vital es habitar un pequeño mundo cargado de símbolos. Y la casa es:

> ..."nuestro rincón del mundo. Es nuestro primer universo, es un cosmos en toda la aceptación del término" (1965:36).

El espacio habitado nos conduce siempre a la noción de casa y el ser amparado por ella nos hace habitarla en su realidad y en su virtualidad, es decir, con el pensamiento y con los sueños. A partir de esta idea, la casa como albergue o lugar para habitar adquiere valores de "onirismo consonante", según Bachelard; es decir, la casa nos permite evocar lugares de ensoñación que iluminan lo inmemorial y el recuerdo. La casa, entonces, es asociada al recuerdo, a la memoria y a la imaginación:

> "Nos reconfortamos reviviendo recuerdos de protección. Algo cerrado debe guardar a los recuerdos, dejándoles sus valores de imágenes. Los recuerdos del mundo exterior no tendrían nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Evocando los recuerdos de la casa, sumamos valores de sueño; no somos nunca verdaderos historiadores, somos siempre un poco poetas y nuestra emoción tal vez sólo traduzca la poesía perdida" (1965:38).

La casa es el albergue del ensueño, es el lugar que protege al soñador, es el lugar que permite soñar en paz. Esta llega a ser, con Bachelard, un lugar sagrado, pues otorga al ser un valor.

El ser humano busca su bien-estar con la casa, busca quizá protección contra la hostilidad de los demás seres humanos y de la Naturaleza; sin embargo, esto no es lo fundamental para Bachelard. Lo fundamental es el "ser de dentro" y la casa como sustancia nutre ese ser:

> ..."una metafísica completa que englobe la conciencia y lo inconsciente debe dejar dentro el privilegio de sus valores. Dentro del ser, en el ser de dentro, hay un calor que acoge el ser que lo envuelve" (1965:40).

Así, según la cantidad o complicación de lugares y rincones que tenga una casa, así nuestros recuerdos hallarán refugios cada vez más caracterizados y volveremos a ellos, según Bachelard, toda la vida en nuestros ensueños.

De esta manera, no es la casa en sí, como objeto material, la que propicia el ensueño, es el sujeto que la habita, que se impregna de su materialidad envolvente, quien carga dentro de sí y en su soledad todos los rincones de evocación y de recuerdos.

> "Para analizar nuestro ser en la jerarquía de una ontología, para psicoanalizar nuestro inconsciente agazapado en moradas primitivas, es preciso, al margen del psicoanálisis normal, desocializar nuestros grandes recuerdos y llegar al plano del ensueño que teníamos en los espacios de nuestras soledades" (1965:41).

Es el espacio y no el tiempo el que anima a la memoria. No hace falta que nuestras experiencias vividas con ensueño sean un diseño o copia exacta de ellas mismas. Sólo hace falta que resulten sonoras a nuestro espacio interior. Todos los espacios de intimidad se vuelven íntimos debido a una "atracción". Al igual que la palabra de un poeta que da en el blanco, un espacio íntimo conmueve los estratos más profundos de nuestro ser:

> "Aquí más allá de todos los valores positivos de protección, en la casa natal se establecen valores de sueño, últimos valores que permanecen cuando la casa ya no existe" (1965:50).

Topamos aquí con la unidad de la imagen y del recuerdo. El sueño, en este caso, ha de ser considerado más poderoso que los pensamientos.

Según Bachelard "son las potencias del inconsciente quienes fijan los recuerdos más lejanos" (1965:49).

La infancia sigue viva en nosotros debido a que siempre es colocada en el plano del ensueño y no de los hechos pensados. La infancia es siempre más amplia, más grande que la realidad. La enriquece. Le da niveles de apertura. Los valores de sueño y ensueño son rescatados aquí, y son precisamente estos los que se comunican poéticamente de alma a alma.

Está demás advertir que bajo la consideración de esta misma idea, la lectura de poemas es, para Bachelard, esencialmente ensueño. Se ha de hacer en silencio. En la noche, en la casa:

> "La fenomenología del ensueño puede despejar el complejo de memoria y de imaginación. Se hace necesariamente sensible a las diferenciaciones del

> símbolo. El ensueño poético, creador de símbolos, da a nuestra intimidad una actividad polisimbólica" (1965:72).

Toda intimidad está escondida. Y es aquí donde los cajones, los armarios, los cofres, las cerraduras, adquieren un carácter casi mágico. La "necesidad de secretos" y de la intimidad humana hace que el espacio de los objetos que se subjetivan, se vean encerrados en una forma ya de por sí reservada.

El Espacio Onírico

El espacio de nuestro sueño no es para Bachelard un espacio de reposo. El espacio onírico es "el lugar mismo de los movimientos imaginados" (Bachelard, 1965b:27).

Estos movimientos íntimos son comprendidos mejor si distinguimos "las dos grandes mareas", según Bachelard, que nos transportan del centro de la noche a la actividad del día.

El centro de la noche, es decir, la medianoche, hace brotar virtudes psíquicas originales.

El espacio onírico posee en sí mismo un movimiento que lo abre y lo cierra, un movimiento diástole y sístole. Dentro de nuestro espacio nocturno, las horas que vivimos por medio del sueño nos acercan a todo aquello con que soñamos. Es la síntesis muy cercana de las cosas y de nosotros mismos.

Dentro de este espacio somos siempre el centro mismo de nuestra experiencia onírica.

Según Bachelard, el durmiente participa de la "voluntad de la noche"; de esta manera, el espacio onírico es "sometido a la geometría y a la dinámica de lo envolvente".

Los ojos del durmiente soñador participan de la voluntad universal del sueño que a la vez, es una "voluntad pesada, irracional, y schopenhaueriana".

El espacio onírico logra conquistar su centro sólo cuando el durmiente se deja envolver por la voluntad soñadora. Si se conservan demasiadas "lejanías" de la claridad del sol, de la "geometría del día", el espacio onírico no conseguirá su centro y se torna un "espacio roto" y turbulento del insomnio.

Tras el relajamiento de los ojos, el durmiente debe dejarse llevar por el movimiento envolvente del sueño nocturno. Con la suavidad de las espirales "bien enroscadas", con el esencial devenir curvo del movimiento de la noche, el soñador

busca su centro y permite que los símbolos nocturnos se rijan por sus firmas ovoides.

Así, Bachelard explica no sólo un relajamiento de los ojos sometidos a la voluntad del sueño, sino también de las manos, que dentro del espacio onírico se desata cuando el nudo de los dedos se deshace.

El instante mismo del centro nocturno psíquico nos dirige luego al reflujo que conduce a la aurora, al amanecer.

El espacio onírico, entonces, que pierde sus horizontes, que se hace redondo y que se envuelve, es un espacio que confía en la fuerza de su ser central.

Con el surgir de la aurora, el movimiento del espacio onírico comienza a variar, las dimensiones enroscadas se "enderezan", dice Bachelard. En lugar de espirales, en lugar de un espacio redondeado, el centro del espacio onírico adquiere nuevas fuerzas y se torna un espacio con "direcciones preferidas, con direcciones queridas, con ejes de agresión".

Cuando el sujeto durmiente empieza a devolverse de su centro de experiencia onírica, las imágenes poseen otro sentido, se convierten en "sueños de la voluntad". El espacio onírico adquiere un rostro de "finas rectas" que dirigen al durmiente hacia un nuevo día cargado de deseos y proyectos.

Esa es, para Bachelard, la función de la noche completa, que conoció "la doble y ancha marea", de la noche sana que rehace al ser humano, que lo pone enteramente nuevo en el inicio de un nuevo día.

CONCLUSIONES

Gastón Bachelard inaugura una ontología directa de la imagen creadora como manifestación de las profundidades de nuestro psiquismo. De esta manera, al describir los procesos del alma como parte de la facultad que tenemos de deformar las imágenes suministradas por la percepción y, sobre todo, la facultad de liberarnos de las imágenes primeras, de cambiar las imágenes, nos introduce en el conocimiento profundo de la imaginación creadora y de la poética del espacio.

La importancia de la resonancia y la repercusión en la lectura de poemas o en la transmisión de imágenes ya expuestas en este trabajo, aparecen como parte fundamental del ser de la imagen y de su dinamismo propio. El cambio de imá-

genes, la acción imaginante, nos conduce a la imaginación y al imaginario. Gracias a lo imaginario, la imaginación es esencialmente abierta, evasiva.

El psiquismo humano es donde se da la experiencia de la apertura y de la novedad de la imagen. Lo caracteriza su necesidad esencial de novedad.

Gastón Bachelard explica o describe un proceso de *constitución de imágenes* con descripción de formas y plantea un proceso de *movilidad de las imágenes* con descripción de movimientos y objetos con significado. Los espacios de la intimidad y del ensueño concentran ser, son los espacios de posesión, los espacios amados.

En relación con el espacio onírico, pareciera que la doble geometría de los devenires opuestos del ser humano nocturno en Bachelard, lanzaran al alba un ser humano nuevo, cuya "rectitud matinal" lo coloca dentro del campo casi de la ética para un mejor aprovechamiento del día. Este hombre nuevo ha sido transformado durante la noche debido a su voluntad o absoluta disposición de entregarse a la profundidad del espacio onírico y se reincorpora al alba por una "súbita luz íntima" que hace despuntar el día a partir de su mismo ser que despierta.

BIBILIOGRAFÍA

BACHELARD GASTÓN, *La Poética del Espacio, Fondo de Cultura Económica*, México, D.F. 1965.

BACHELARD, Gastón, *El aire los sueños, Fondo de Cultura Económica*, México, D.F. 1965.

CASTILLO, Roberto, "La teoría del instante en Bachelard y el espacio onírico.", *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXXII, (77), 109-116, 1994

CASTILLO, Roberto, "La imaginación trascendental en Kant, hacia una estética del espacio." *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXXII, (78-79), 189-194, 1994

SAXE, Eduardo, *Poética en Bachelard (Tres ensayos)*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1976.